



Una de las escenas de «Carmen», representada por la Compañía de «Amadeo Vives» en el Paseo de los Tristes.—(Foto de nuestro redactor gráfico Torres Molina.)

## «Carmen», de Bizet, por la compañía «Amadeo Vives»

Pepe Tamayo es un hombre que tiene la prodigiosa habilidad de mover conjuntos. Diríamos que es su gran especialidad. El sentido del teatro para Tamayo cabe en una sola expresión: espectacularidad. Por ello nuestro paisano gusta tanto de los autos sacramentales, de las tragedias griegas y de su última faceta conocida: la ópera. Para lograr sus propósitos —y no cabe duda que el público español debe agradecerle sus ambiciosas empresas— se ha rodeado, como dijimos, de un elenco que no cabe duda es el más idóneo que se puede contratar en el momento de la lírica en nuestro país. Falta naturalmente de figuras de renombre directo —Callas, Tebaldi, etc.—. Tamayo ha ido al conjunto, buscando ardores, tomando como base elementos complementarios como escenografía, masas, luminotecnia, y acercándose, después, al hecho radical de las obras: la música.

No podemos decir, desde luego, que la característica suprema musical quede algo relegada, porque no sería cierto. Un conjunto de colaboradores vela por ello: una orquesta dirigida por el joven Benito Lauret, unos coros madrileños bajo la experiencia de Perera, un discreto grupo de ballets y, por último, unos cantantes serios, equilibrados, eficaces y de muy recia formación artística. Con ese equilibrio, en donde el destello fulgurante está prohibido —entre otras cosas, porque es inexistente—, Tamayo ha ofrecido al decalido ambiente lírico en nuestro país un aliciente y una dignidad que no solamente radica en un determinado punto de la geografía española —caso característico del Liceo de Barcelona—, sino que sirve de embajada artística popular por las mal dotadas tierras de España, donde, además, existen escasas exigencias por la falta de puntos de contraste.

No cabe duda que en este tipo de creaciones, «Carmen», de Bizet, sobre libreto de Próspero Mérimée, ha sido de las más ambiciosas. Eran muchas las dificultades que encerraba montar una ópera del talante, de la trascendencia y la complejidad de «Carmen», tal vez una de las más completas del extenso repertorio lírico europeo. Pero ahí surgió la mejor creación del francés Georges Bizet, triunfando en el magnífico escenario de la Plaza Mayor madrileña, en Sevilla y ahora, sin duda, en Granada, pese a esos imponderables acústicos del escenario al aire libre y música a través de altavoces, verdadero tormento para oídos sensibles.

Bizet realizó en «Carmen» una auténtica obra maestra. El tema es lo de me-

nos, naturalmente, una «españolada» al gusto de la época sacada de la obra famosa de Mérimée. La música, sin embargo, posee una fuerza y una expresividad de excepción. Los temas tienen, desde luego, un pretendido aire español, totalmente insincero, como es de rigor. Pero Bizet supera el tinte anecdótico de la música —hecha a la española— y realiza una auténtica creación personal que rebasa la «españolada», con sus aires aflamencados. Obra reciamente inspirada, soberbiamente construida, con una riqueza de temas y una belleza cautivadora, tiene muchísimas cosas destacables, como el preludio inicial, donde el sinfies-tels-motifs recuerda ciertos talentos wagnerianos.

Es muy compleja la obra y limitados los medios para que podamos decir que hemos asistido a una versión perfecta y acabada. En primer lugar, la ópera no puede sonar en toda su dimensión y elocuencia, pese a lo equilibrado de su conjunto, y las figuras centrales tienen algún alibajo disculpable. Lo esencial y positivo es, sin embargo, mucho. Inés Ri-

vadencia, por ejemplo, ha dado vida a una «Carmen» irreprochable, muy expresiva, muy dramática y con honda musicalidad y temperamento. Agotadora su labor, se ha podido apreciar mejor su estilo en las canciones solistas y en las arias, más fáciles de seguir a través del altavoz.

Pedro Lavirgen ha dado vida a «Don José», el infortunado enamorado burlado por la cigarrera y el torero. Su voz es profunda y amplia y sabe conseguir el tono dramático requerido. «Escamillo» es representado por Luis Villarejo, que deja una vez más apuntadas sus características, en esa brillantez en las regiones sonoras extremas. Lina Huarte, convincente «Micaela», y asimismo Mariol Lacalle —muy aplaudida en el aria del tercer acto—, Mari Carmen Ramírez, Enrique Suárez, Vicente Catalina, Juan del Castillo, Vicente Sarmiento y Miguel Granizo.

El coro, muy comprometido y eficazísimo como siempre bajo la dirección de José Perera, así como el cuerpo de ballets y la dirección musical, denodada y laboriosa de Benito Lauret frente a sus huestes. Todo ello ha hecho un conjunto aceptable en líneas generales que Granada agradece a la iniciativa del Ayuntamiento y a Pepe Tamayo, vitalizador de la lírica por el paisaje de España.

RUIZ MOLINERO